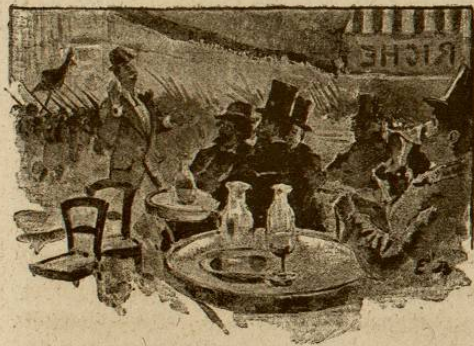


Lo que él llama la capota es una especie de garita hecha de tela encerada, al abrigo de la cual hay algunas ajadas sargas de abalorios de vidrio y unas cuantas flores viejas de filigrana... Allado, una ancha fosa recién abierta. Nada de verja, nada de inscripción. Nada más que dos ramos de violetas, envueltos en papel blanco, con una piedra encima de los tallos para que no se las lleve el viento fuerte del terrero... Allí duermen uno junto á otro. En ese sepulcro de paso, se dió—mientras se devuelven á sus familias—boleta de alojamiento á aquellos dos soldados.



### UNA EVASIÓN

Escrito durante la *Commune*.

Uno de los últimos días del mes de Marzo estábamos cinco ó seis, sentados en la acera, delante del café Riche, viendo desfilan los batallones de la *Commune*. Todavía no se batían, pero ya habían asesinado en la calle de los Rosales, en la plaza Vendôme, en la prefectura de policía. El sainete iba convirtiéndose en tragedia, y la gente no se reía ya.



Apiñados alrededor de la bandera roja, los comunales marchaban con paso resuelto ocupando todo el ancho de la calle, y al ver aquel pueblo armado, tan lejos de los barrios obreros, con las cartucheras puestas sobre las blusas de lana y las manos sujetando las culatas de los fusiles, se pensaba en los talleres vacíos y en las fábricas abandonadas... El desfile parecía una amenaza. Todos lo comprendíamos así y á todos nos encogía el corazón los mismos tristes y poco definidos presentimientos. En aquel momento, un gomoso grande, indolente y engreído, muy conocido por todos los que frecuentan los sitios que hay desde Tortoní á la Magdalena, se acercó á nuestra mesa. Era una de las más tristes muestras del elegante del último Imperio, pero un elegante de segunda mano, que no ha hecho nunca más que recoger en el boulevard todas las originalidades de los tipos á la alta moda, escotado como Lutteroth, que usaba peinadores de mujer como Mouchy, pulseras como Narishkine, y que había tenido cinco años seguidos encima de su chimenea una

tarjeta de Grammont-Caderousse; además iba pintado como un viejo y hablaba gachonamente, como en tiempo del Directorio, comiéndose la mitad de las letras; llevaba en las botas todo el betún del Tattershall, y no sabía más literatura que la indispensable para poner su nombre en los espejos del café Inglés, lo cual no impedía que se diese aires de saber mucha teología y que pasease de fonda en fonda aquel aire desdeñoso, fatigado, harto de todo, que era por entonces el supremo buen tono.

Durante el sitio, aquel majadero se había hecho alistar en la plana mayor de no sé qué batallón de voluntarios—sólo por librar de la requisa sus caballos de silla—y de vez en cuando se le había visto su desgarbada silueta en la plaza de Vendôme, dándose tono entre todos los señores aquellos que llevaban el peto del uniforme lleno de bordados; luego lo perdí de vista. Encontrarlo allí de repente en medio de la revolución y del motín, siempre el mismo, en aquel París completamente revuelto y trastornado, me produjo el efecto á un tiempo mismo



lúgubre y cómico de un viejo señorón del primer Imperio, que hiciese en pleno boulevard moderno, su peregrinación del 5 de Mayo. ¡Decididamente no habíamos concluido con aquella raza de gomosos reventantes! ¡Decididamente aún quedaba alguno!... En verdad creo que, si me hubieran dado á escoger, hubiera preferido aquellos furiosos comunistas que subían á las trincheras con un mendrugo de pan en el fondo de su zurrón. Aquéllos, al menos, tenían algo en la cabeza, un ideal vago, loco, que flotaba por encima de ellos y tomaba matices feroces en los pliegues de aquel trapo rojo por el cual iban á morir. ¡Pero él, aquel cascabel vacío, aquel cerebro lleno de migas de pan!...

Precisamente aquel día nuestro hombre estaba más aburrido, más indolente, más lleno de buen tono que nunca. Llevaba un sombrerito de temporada de baños con cinta azul, el bigote retorcido á fuerza de cosmético, el pelo con cerquillo, una chaqueta tan corta que lo dejaba todo al aire, y para que nada le faltase, llevaba, con un cordón de seda sujeto á

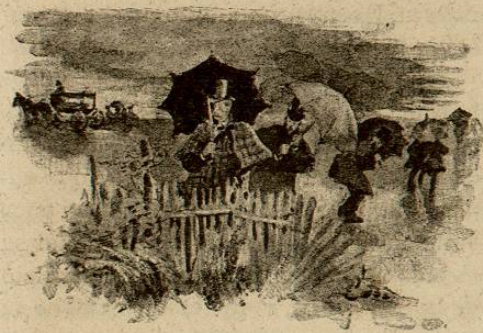
un collar, un perrillo habanero tan grande como una rata, escondido en sus lanas, con aspecto aburrido y fastidioso, como el de su amo. Con aquella facha se plantó lánguidamente delante de nuestra mesa, vió desfilar á los comunistas, dijo no sé qué tontería, y luego, con una languidez, con un abandono inimitables, nos declaró que positivamente aquella gentuza empezaba á calentarle las orejas, y que iba en seguida á *ofrecer su espada al Almirante!*... Y lo dijo con un tono, de una manera, que os aseguro que ni Lasouche ni Priston han podido jamás encontrar nada más cómico... En seguida dió media vuelta y se alejó con lánguido andar y seguido de su enfurruñado perrillo.

No sé si, efectivamente, ofrecería su espada al Almirante; pero en todo caso, el general Saisset no hizo gran uso de ella, porque ocho días después la bandera de la *Commune* ondeaba en todas las alcaldías, se habían izado los puentes levadizos, se reñía la batalla por todas partes y de hora en hora veíase que las calles se iban quedando desiertas... Cada



cual escapaba como podía en los carros de los vendedores que traen á la plaza las hortalizas del campo y en los furgones de las embajadas. Había quien se disfrazaba de marinero, de fogonero, de maquinista. Los más románticos saltaban por la noche las murallas de los fuertes con escalas de cuerda. Los más atrevidos se reunían en grupos de treinta ó cuarenta para tomar una puerta por asalto; otros, más prácticos, la tomaban con una propina á los guardias. Muchos seguían á los coches de muerto y se iban á las afueras, á campo atravesado, con paraguas y sombreros de copa, vestidos de luto, negros desde los pies á la cabeza, como alguaciles rurales. Una vez fuera de la ciudad, todos aquellos parisienses se miraban unos á otros, y reían, respiraban, estiraban las piernas y hacían muecas como para burlarse de París; pero pronto sentíanse acometidos por la nostalgia del asfalto, y aquella emigración, que empezaba como quien hace novillos á la escuela, se convertía en cosa triste y pesada, muy parecida al destierro.

Preocupado con todas estas ideas de evasión, pasaba yo por la calle de Rivoli una mañana que llovía mucho, cuando fuí detenido por una cara conocida. Era muy temprano, y no había en la calle más que los barrenderos, que iban colo-



cando el barro en pequeños montones á lo largo de las aceras y filas de chirriónes, que los barrenderos iban llenando de barro y basura... ¡Horror! ¡Bajo la blusa llena de lodo de un hombre de aquellos, reconocí á mi elegante, muy bien disfrazado por cierto!... Un sombrero blando muy viejo, un trapo al cuello, los calzonés anchos que los obreros pari-



sienses se ponen encima del pantalón para trabajar, y todo ello mojado, manchado, ajado, ahogado bajo una capa de porquería, que al pobre no le parecía aún bastante, porque lo sorprendí metiéndose en los charcos y haciendo que la basura y el lodo le salpicara hasta la cabeza. Es más, aquella extraña operación fué la que hizo que me fijase en él.

—Buenos días, Vizconde, le dije en voz baja al pasar. El Vizconde palideció bajo sus salpicaduras de lodo y miró asustado en derredor suyo; luego, viendo que nadie se fijaba en él, se tranquilizó un poco y me dijo que no había querido poner su espada (¡siempre su espada!) al servicio de la *Commune*, y que el hermano de su mayordomo, que tenía la contrata para recoger los barros de Montreuil, le había procurado, afortunadamente, el medio de salir de París... No pudo decirme más. Los carros estaban llenos y el convoy se puso en marcha. Mi hombre no tuvo tiempo más que para correr á sus caballerías, las cogió de la brida, se puso en fila, crujió la tralla y ¡jarre! ¡hué! se marchó... La aventura me interesaba.

Para ver en qué acababa, seguí de lejos á los carros de los chirriones hasta la puerta de Vincennes.

Cada carretero iba al lado de sus caballerías, con el látigo en la mano y llevando al tiro de la brida. Para que su tarea fuese más fácil, habían puesto al Vizconde el último; y daba lástima ver cómo se esforzaba aquel pobre diablo para hacer lo mismo que los demás, imitar sus voces, sus ademanes, su manera de andar pesada, soñolienta, que más que andar parece columpiarse al compás del carro y sujetarse al paso de las bestias.

Algunas veces se detenían para dejar pasar los batallones que bajaban de las trincheras. Entonces adoptaba un aire de ocupado, juraba, hacía crujir el látigo, se fingía todo lo carretero posible, aunque de vez en cuando asomaba el gomo. Aquel basurero miraba á las mujeres. A la puerta de un taller se detuvo para mirar á las obreras que entraban. El aspecto de aquellos barrios, todo aquel hormiguar de gente, parecía también que le asombraba mucho. Conocíasele por las miradas que dirigía á dere-



cha é izquierda como si llegase en aquel momento de un país desconocido...

Y, sin embargo, Vizconde mío, esas extensas calles que conducen á Vincennes, las ha recorrido usted muy á menudo, en tardes de domingo, durante la primavera y el otoño, cuando iba usted ó volvía de las carreras, con el tarjetón verde en el sombrero ó en el ojal de la levita y los gemelos colgados á la bandolera, haciendo ¡hep, hep! con la punta de la fusta... Pero, amigo, entonces iba usted subido tan alto allá en el pescante del faetón; había en derredor de usted tal barullo de flores, de cintas, de bucles, de velos de gasa; las ruedas de los carruajes le envolvían á usted en polvareda tan luminosa, tan aristocrática, que no podía ver las ventanas que se abrían cuando pasábais; las casas de obreros donde precisamente á esa hora se sentaba la gente á la mesa; y cuando aquella bocanada de vida lujosa, de sedas claras, de trenes brillantes, de vistosos peinados, había pasado y desaparecía en dirección á París, llevándose consigo su dorada atmósfera, no os podíais vosotros figurar cuán-

to más triste se quedaba el barrio, y cuánto más amargo era el pan, y cuánto más pesada la herramienta del obrero, y cuánto odio y cuánta rabia os dejabais vosotros detrás...

...Un diluvio de juramentos y latigazos cortó mi soliloquio. Llegamos á la puerta de Vincennes. Acaban de bajar el puente levadizo, y en la semioscuridad que producían los torrentes de la lluvia, en aquel amontonamiento de carros que se echaban unos encima de otros, de guardias nacionales que revisaban los permisos para salir de la ciudad, vi á mi pobre Vizconde luchando con sus tres caballejos que se empeñaban en no dar la vuelta. El infeliz se había salido de la fila del convoy; juraba, tiraba de las bridas, sudaba la gota gorda. Os aseguro que ya no tenía su acostumbrado aspecto de languidez... Los comunistas empezaban á fijarse en él. Formaban corro, se refan; la situación comenzaba á ser comprometida... Afortunadamente, otro carretero acudió en su auxilio, le arrancó la brida de las manos, dándole un empujón, y luego, con un enorme latigazo,



hizo arrancar al tiro y el carro pasó el puente al galope, con el Vizconde detrás, que iba corriendo y nadando en barro. Cuando hubieron pasado la puerta volvió á su látigo, y el convoy se perdió por



los terrenos que rodean las fortificaciones.

Verdaderamente fué aquella una salida lamentable. Contemplábala yo desde lo alto de un declive. ¡Aquellos campos de argamasa y cascote donde se atascaban las ruedas, aquella hierba fangosa, aquella fila de carros cargados de inmu-

dicia, caminando lenta y pesadamente como carros de muerto!... parecía un entierro vergonzoso, el todo París del bajo Imperio que se alejaba anegado en su propio fango.

